



REFLEXIÓN SOBRE EL MAL: DESDE EL PUNTO DE VISTA BIOLÓGICO

El mal inferido por los humanos es ingente, tanto en cantidad (no hay rincón en el planeta ni momento histórico sin su presencia) como en calidad, ya que es especialmente hiriente por su intencionalidad. Y sin embargo es evitable, porque a través del análisis y del conocimiento, este mal puede ser combatido y neutralizado.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que somos seres biológicos, realidad que conlleva una serie de necesidades básicas para poder subsistir. Debemos procurarnos alimento y cobijo ya que la naturaleza, a pesar de ser maravillosa, es inhóspita y debemos protegernos. Poseer bienes, pues, nos es un imperativo. Por otro lado la lucha por la supervivencia nos ha hecho ser gregarios, con grandes ventajas como la división del trabajo. Hay que tener en cuenta también los vínculos afectivos que se van forjando entre los individuos del grupo, hecho además que origina una nueva necesidad; la de ser reconocido y respetado por el resto de sujetos del círculo (a parte de la relación de pareja por la cuestión de ser sexuales). El hecho de ser gregarios conlleva también servilismo, ya que impone limitaciones al deseo primario de control del entorno próximo, exige la necesidad de aceptar un liderazgo y de tener que compartir lo que poseemos.

Por tanto, desde lo más profundo de nosotros mismos, y ya desde nuestro mismo origen, es muy visible cómo puja con contundencia la aguda tensión entre el yo y los demás.

Anatomía del cerebro humano

Todo esto está materializado en nuestro cerebro, no muy distinto del de nuestros ancestros, los animales de la escala filogenética y no sólo los mamíferos. Empezaremos la descripción de las zonas más profundas que son las que conservan más similitudes con la de nuestros antepasados. En lo más profundo está lo indispensable: el **tronco cerebral** que rige las funciones básicas de la vida; hay el centro respiratorio (organiza la respiración espontánea), el centro del latido cardíaco, el foco que regula el ritmo circadiano que controla la secuencia sueño-vigilia... Envolviendo esta estructura está el **hipotálamo**, región que supervisa conductas de supervivencia; aquí está la sede de la agresividad, el ritual, la territorialidad y la jerarquía social. Por fuera encontramos el **sistema límbico** y es desde donde se rigen nuestros estados anímicos y las emociones; ahí residen, entre otras, la sensación de placer, los miedos y los impulsos de ataque, defensa o huida. Y en la parte más externa, envolviéndolo todo está la **corteza cerebral** que es la parte más diferenciada y genuinamente humana. Aquí la materia se transforma en consciencia y es de donde provienen las ideas y los pensamientos. Nos posibilita a la vez el aprendizaje, el análisis, la abstracción y la creación artística.

Sin embargo, a pesar de los diferentes estratos descritos en la progresión desde la vida vegetativa hasta la reflexión, pasando por la supervivencia y las emociones, todo el cerebro está activo, interrelacionado e interdependiente. Así, por ejemplo, está demostrado que la razón sin una implicación emocional no funciona adecuadamente.

En el ámbito anatómico las diferencias del cerebro entre individuos son mínimas; en cambio, en cuanto a su funcionalidad, su variabilidad es amplísima. Para explicar la variabilidad de conductas hay que hablar de genética.

Genética

Nuestro bagaje genético tiene todas las instrucciones para hacernos tal y como somos. También en cuanto a nuestro cerebro y a su funcionalidad. No todos los genes se expresan, o se expresan bajo determinadas circunstancias, o presentan distintas variantes que implican cambios funcionales significativos. La espesa red de señales bioquímicas, puestas en marcha o frenadas por distintos genes activos, nos predispone, no nos determina, a distintas interconexiones cerebrales que nos hacen reaccionar de distintos modos a estímulos concretos. Aspectos tan importantes como los grados de afinidad hacia las personas del entorno, el nivel de impulsividad, las respuestas al estrés ambiental en forma de agresividad o depresión, la capacidad de liderazgo, la creatividad e incluso la risa, están señalizados en nuestro imponente torrente de reacciones en el ámbito molecular.

Ambiente

Nuestro cerebro no trabaja aislado del entorno. La propia biografía es como un sello que va imprimiendo cambios en los circuitos cerebrales. Es lo que llamamos **plasticidad neuronal**. Por eso es posible el aprendizaje. Las experiencias agradables mantenidas nos producen cambios en la corteza prefrontal facilitando la capacidad e

empatía, creatividad y las funciones ejecutivas como la toma de decisiones. Al contrario, los procesos dolorosos, sobre todo los vividos en la infancia, pueden condicionar el comportamiento de las personas durante toda su vida con una predisposición a la impulsividad y a la agresividad. Por eso la persona maltratada puede llegar a ser maltratadora. Esto es a pequeña escala, a nivel doméstico. De modo similar, se gestan las mayores barbaridades a escala planetaria, como las devastaciones, las guerras y el tráfico de personas y de bienes: personas o grupos influyentes imbuidos de algún modo por el impulso de dominar (circuito neuronal) y con capacidad de liderazgo. Normalmente, en estos casos hay, además, un contexto propicio que va permitiendo un engranaje de causalidades que llevan a la catástrofe.

Sobre la libertad

Cuando alguien habla de la capacidad de los humanos de hacer daño se esgrime el principio de libertad: Dios nos ha hecho libres y eso implica la posibilidad de escoger el mal. Tal como hemos planteado el tema desde el principio, podríamos decir que la libertad, en realidad, no nos sería innata ya que la primera respuesta nos llevaría a seguir el reflejo ancestral de acción-reacción, donde no entraría la libre decisión. Sería después de un proceso elaborado, unido a algún tipo de aprendizaje y en el momento en que hacemos intervenir la corteza cerebral – desde donde realizamos la toma de decisiones— cuando el ser humano podría elegir realmente en libertad. Por tanto tendríamos que considerar la libertad no como una característica primaria que nos define, sino más bien como una conquista. Y la decisión consecuente sería la siguiente: sabiendo que puedo hacer el mal, escojo el bien, porque me apetece, me acerca a mis coetáneos y sé que es la opción que engrandece a la humanidad. En cambio, para la elección del mal no se precisan demasiadas elaboraciones previas. Por tanto, la libertad no nos llevaría en la dirección de escoger el mal, sino al contrario: nos dirigiría hacia la posibilidad de escoger precisamente el bien.

Conclusión

El ser humano es capaz de la bondad, de la belleza y la ternura más exquisita, pero también de la maldad más terrible. Las pautas de la elección están escritas en nuestra biología y en nuestro entorno. Si los actos surgidos de los impulsos más ancestrales pueden ser necesarios para una supervivencia al límite, no quedan justificados en la mayoría de los hechos relacionales de nuestro tiempo. Aquí deben entrar las opciones elaboradas, ya que somos seres capaces de decidir nuestras acciones. Pero nada es gratuito: hemos tenido que aprender a escoger las opciones que nos ennoblezcan. Hacemos lo que hemos visto hacer, pero sobretodo tratamos a los demás tal y como nos han tratado a nosotros. Si hemos sido despreciados, maltratados o penalizados, además de sentirnos humillados en nuestra condición humana, tenderemos a reproducir los mismos patrones en nuestro entorno y de este modo magnificaremos el dolor. Pero, afortunadamente, el mismo se invierte cuando la opción ha sido la acogida y comprendida.

Somos seres “relacionales” y la consideración y el respeto hacia los demás es indispensable para nuestro bienestar. La sociedad madura es aquella en que entre sus integrantes anidan la comprensión y la generosidad; por tanto todos estamos implicados en construirla. También sabemos que en los momentos más trascendentales de la vida son los de la infancia, momento en que se forja, en gran medida, la personalidad del adulto. Por tanto, debemos prestar una especial atención a las condiciones de vida de los niños, debemos procurar que no les falte lo más necesario (entre lo más necesario está el cariño) y detectar, cuanto antes mejor, trazos de maltrato. Con esto cabe señalar la importancia excelsa, indispensable y puntera de los padres y educadores (aunque no sólo ellos) para llegar a ser personas íntegras que lleven a la humanidad a crecer en bondad, dignidad y felicidad.

Preguntas para reflexionar

- 1.- ¿Sabemos con suficiente certeza que podemos llegar a ser lo que queremos ser? ¿Intentamos cuidarnos?
- 2.- ¿Tenemos en cuenta que el modo como nos mostramos a los demás puede condicionarles? ¿La tensión crea tensión y la alegría crea alegría?
- 3.- ¿Somos claramente conscientes que ser pacificadores es uno de los cometidos más grandes que tenemos como humanos?

Citas bíblicas

Se recomienda la lectura del Evangelio de Marco 7, 14-23 (qué desdice de la persona).

Bibliografía

- Bueno i Torrens, David. *100 genes que nos hacen humanos*. Cossetània Edicions, 2015.
- Nogués, Ramón M. *Cerebro y trascendencia*. Fragmenta editorial. 2011.
- Nogués, Ramón M. *El mal físico y el dolor: ¿corrupción de la naturaleza?* Cuadernos Fundación Joan Maragall. Ed. Claret. 1997.

Barcelona, Marzo de 2018